

## **EDUCACIÓN Y EDUCADORES**

Por **Olegario González de Cardedal**

En una nación hay problemas de fondo y problemas de superficie. Los hay con altavoces que los proclaman, mientras otros quedan mudos, sin que nadie se atreva a proferirlos en alto; unas veces por la dificultad de encontrarles solución, otras por miedo o falta de coraje para pechar con ellos. ¿Cuáles son en este instante los problemas fundamentales de España, una vez que en los últimos decenios se ha dado un marco constitucional claro y normativo, ha logrado su estabilización económica y ha pasado a formar parte de Europa con protagonismo y dignidad? Dos son, en mi opinión, los problemas patentes más graves: el terrorismo y los intentos de desmembración territorial. Dos son los más graves problemas latentes. El primero de ellos es el rechazo de la vida, con dos expresiones fundamentales: la caída de la natalidad que lleva consigo el masivo envejecimiento de la población con la dependencia consiguiente de la inmigración exterior; y la eliminación de la vida naciente por el aborto. El segundo gran problema latente, del que casi nadie se atreve a hablar, es la educación. No digo la enseñanza en cuanto transmisión de saberes, técnicas, métodos, destrezas, sino aquella configuración de la persona humana, con la ayuda de ideas, criterios, valores, confianzas y esperanzas que va haciendo posible descubrir el mundo como realidad, la historia como suma de procesos y progresos, la vida humana como tarea, el próximo como prójimo y a uno mismo como sujeto de responsabilidades y derechos, deberes y libertades.

En Europa hemos tenido durante el último siglo dos grandes proyectos educativos: el técnico y el ideológico, el positivista científico y el social revolucionario. En un caso se esperaba que la ciencia resolviera todos los problemas; en otros se esperaba lo mismo de la revolución. A comienzos del siglo XXI es manifiesto que la economía y la política no bastan para resolver todos los problemas de la vida humana. La cultura y la religión esclarecen necesidades y potencian aspiraciones irrestañables del ser humano, pero no pueden elevarse a solución radical de todas las necesidades personales y sociales. Técnica y alma, eficacia y sentido, pan y esperanza, paz y progreso tienen que ir de la mano. Hoy estamos en un momento histórico que nos muestra la inviabilidad de ambos proyectos llevados al extremo. La caída del muro de Berlín y el hundimiento de los países socialistas tras él han mostrado la inhumanidad y violencia de unas propuestas que en aras de una futura igualdad negaron las

libertades primarias, e intentaron extirpar la abertura y ejercitación religiosa del hombre. Por otro lado, la globalización con sus frutos reales lleva consigo no pequeños peligros, entre ellos el otorgamiento de una primacía absoluta a mercados y precios, productos e intercambios técnicos, con el peligro de minusvalorar las creaciones culturales, los proyectos éticos, la afirmación específica de colectividades, trayectorias históricas, regiones y religiones.

Sobre ese fondo de historia común de la humanidad actual aparecen los problemas concretos y las diarias tareas de la educación en España. Antes de enunciarlos se debe subrayar las inmensas y admirables conquistas realizadas ya en ese orden; ningún análisis de las tareas pendientes debe olvidar todo lo bien hecho. Mi tesis central es que la educación ha pasado de manos y mentes personales a poderes y fuerzas anónimas; que se ha desistido de ofrecer al sujeto un proyecto de existencia personal con criterios, valores e ideales, para reducirse a la mera transmisión de saberes; que la escuela en sentido clásico ha sido sustituida por la sociedad, que es la que realmente hoy educa o deseduca; que los profesores -estoy pensando primordialmente en las fases del bachillerato clásico entre once y diecinueve años- terminan encontrándose desvalidos para la tarea educativa ante una reclamación agresiva de derechos por parte de grupos que van desde los propios alumnos a los padres, los partidos políticos y la administración; que en esa profesión se ha pasado de considerarla dignificadora y reconocida a intentar en muchos casos esquivarla por la baja laboral, el permiso de investigación o la jubilación anticipada.

Hay muchos factores que han incidido en esa situación. Son en parte resultado de hechos muy positivos como el acceso universal a todos los niveles de la enseñanza. Otros son resultados de cambios en la familia, en la vida económica y en la sociedad, a los que no les hemos encontrado el correctivo y complemento necesarios. El resultado es que hoy la educación no tiene sujeto responsable de ella, fuera del propio individuo. Éste, si no recibe de su prójimo cobijo, palabra, gestos, signos, lenguaje, ideas e ideales, es un salvaje; y no un salvaje bueno sino un buen salvaje. ¿Quién está dispuesto hoy a acogerle mostrándole el camino de la vida, a ensancharle y limitarle, a instruirle y corregirle, a ser para él un frontal de ternura y de exigencia al mismo tiempo?

Se ha pasado del viejo lema: «autoridad-corrección» y «aprender-padecer» al nuevo estilo necesario, pero degradado cuando no va acompañado por la verdad dicha a su debido tiempo; cuando se confunde la atención respetuosa con el halago y plegamiento a deseos violentos o reclamaciones injustas; cuando a la palabra personal y seguimiento diario por parte de los agentes educativos personalizados (familia, escuela, iglesia, libro) suceden, sin el

complemento y discernimiento necesarios, los nuevos educadores anónimos (calle, noche, tele, masas). La educación está ahora a merced de esa configuración social. Los educadores no raras veces han desistido de asumirla. La sociedad en un sentido se desentiende y en otro se vuelve en dura exigencia a las personas e instituciones educadoras reclamándoles lo que ella no da, e incluso las contradice de hecho con los valores que premia, las personas que «diviniza» o las primacías que instaura.

A este problema moral no se responde sólo con una solución técnica o política. Si no se resuelve con ideas lúcidas y coraje moral, estamos ante un posible estallido violento de intensas consecuencias negativas. En el fondo está el desistimiento que capas y grupos sociales han hecho ante los problemas éticos. Para ellos no hay valores -hay fuerzas; no hay criterios del bien y del mal- hay intereses; no hay personas con dignidad sagrada -hay grupos de poder tras los cuales disuelven su responsabilidad propia e inalienable. La anomia y la violencia van siempre unidas. Al olvido, de fundamento y sentido, al descuido o no búsqueda de justicia y esperanza a tiempo, siguen los empeños ciegos de las minorías radicales y de los fundamentalismos.

La educación tiene una dimensión política porque prepara a personas para ser ciudadanos y profesionales, pero lo hace ante todo formándolas para ser humanos en la verdad, justicia y libertad, en el descubrimiento de la propia dignidad y en la ordenación al prójimo, en la autonomía y en la solidaridad. Todo ello es prepolítico y metapolítico; por ello debería ser pensado y resuelto desde la sociedad civil como posición de fundamentos comunes, y proveer así a que la escuela no sea un campo de batalla. Es un problema primordialmente de sociedad y de Estado y sólo en segundo lugar de gestión política. Si en alguna materia es exigido un pacto de concordia es aquí; de lo contrario dejaríamos de resolver el problema de fondo común a todos y nos podría ocurrir lo que a los viajeros del Titanic que, entretenidos en tensar cuerdas y ensayar valeses, no nos daríamos cuenta de que el barco está hundiéndose y con él todos, pasajeros, tripulación y músicos.

La escuela antes y a la vez que un problema debería ser hoy el lugar fundamental en la resolución de las dificultades y en la abertura de horizontes para nuestro pueblo. La ilusión que la escuela enciende en profesores y alumnos es el mejor barómetro para medir la temperatura espiritual de un país.